*A Buck Crain*

El cinco de julio RL y June bajaron al río, se sentaron en las rocas con una botella de Johnnie Walker etiqueta roja y hablaron de Taylor. El cinco de julio era el cumpleaños de Taylor y hacían lo mismo cada año. Taylor habría cumplido cincuenta. RL había sido su amigo de infancia y June había estado casada con él. Llevaba muerto once años.

Aquel canal lateral había sido uno de los lugares de pesca favoritos de Taylor, pero cinco o seis años antes un distribuidor de cerveza de Sacramento había construido una casa de troncos de veinte habitaciones sobre la ribera, y luego había metido un tractor Cat D6 en el río y había levantado un dique lateral para impedir que su casa cayera dentro del agua. Aquella operación apartó toda la corriente del canal lateral y la condujo hacia el cauce principal del río. Unos pocos pescados grandes seguían merodeando por las profundidades del canal, pero en su mayor parte eran bagres. Sin embargo, era un lugar bonito para sentarse durante las largas tardes, y la sombra de los altos álamos de Virginia se adensaba lentamente en el agua verdosa. Un lugar bonito

siempre y cuando procuraras no ver el palacio de troncos. Se sentaron en las rocas y observaron el parsimonioso discurrir del agua, el fresco chapoteo del agua sobre la grava.

Ojalá..., dijo June.

Ojalá ¿qué?, le preguntó RL.

Ojalá tuviera un cigarrillo, dijo ella, y soltó una carcajada. June fumaba exactamente un día al año, y ese era el día. RL sacó uno, se lo dio y lo encendió. Él estaba fumando un puro. Había comprado los cigarrillos especialmente para ella. Los dos se quedaron contemplando las volutas de humo en el aire quieto. RL apenas oía los camiones que pasaban por la interestatal, a un kilómetro y medio de distancia. Aquel sonido siempre le hacía sentirse solo, pensar en aquella autopista, toda aquella noche americana allí fuera.

Estos aniversarios, dijo June. No te das cuenta de cómo te afectan. Ya lleva muerto más tiempo del que le conocí.

Eso no es verdad.

Sí, lo calculé ayer por la noche. Tenía veintiocho años cuando le conocí. De veintiocho a treinta y nueve, de treinta y nueve a cincuenta. No parece que haya pasado tanto tiempo, pero sí.

Hace mucho que se fue, dijo RL. A veces, en cambio..., tengo la impresión de que voy a doblar una esquina y encontrármelo. Sabes, estoy sentado en casa y pienso, a lo mejor llamó a Taylor, a ver si quiere ir a tomar una cerveza. Al Mo Club. A ver si me presta su camioneta.

A mí eso no me pasa, dijo June. Ya no.

Cogió la botella cuadrada de whisky y dio un sorbo



con gesto grave. RL admiró el movimiento de su garganta, el huequecillo de la base del cuello, su delicada clavícula. Era más joven que Taylor y él, y seguía siendo una chica guapa.

Últimamente he vuelto a ir a la iglesia, dijo ella.

No fastidies.

No es broma. El domingo por la mañana, a las diez.

¿A cuál?

June se sonrojó ligeramente. Era una de esas rubias transparentes cuya piel delata cualquier sentimiento, leve o apasionado. Cuando lloraba se llenaba de manchas rojas. RL la había visto llorar, no a menudo.

Voy a la católica, dijo June. Es raro, ya lo sé. Me llevaron un par de chicas del trabajo.

¿Te han hecho inscribirte? ¿Hay sacrificios humanos en el sótano y eso?

Creo que ya no lo hacen.

No es lo que tengo entendido.

Estaba segura de que te parecería horrible, dijo June. Quiero decir, que hasta las partes buenas te parecerían horribles, cuando hablan de hacer buenas obras y ser amable con la gente de América Central y todo eso. ¡Son serios de cojones! Pero sabes, eso es lo que me gusta de ellos.

Siempre has tenido una vena seria.

Y tú siempre has sido un cínico cabrón.

Con un corazón tan grande como las grandes llanuras, dijo RL. Ese soy yo.

No, dijo June. Ese es otro.

A las diez de la noche, el sol ya se había puesto del todo, pero el cielo conservaba un hermoso azul muy oscuro, decorado con las primeras estrellas. El ambiente era cálido cuando no corría el aire, y de pronto del río surgía una

fresca brisa que hacía susurrar las hojas de los álamos y acariciaba el agua. RL sentía en el pecho una tristeza que era como música, una música triste. Taylor ya no estaba, no volvería nunca. Había vivido con aquella tristeza durante once años, hasta que los bordes irregulares habían acabado alisándose, como el canto rodado que tenía en la mano, aún cálido del día. Aquello casi le proporcionó placer, el placer de algo irrefutable y real. Recordó la sensación de estar sentado en la sala de espera del hospital y aguardar con la mano de June en la suya —esa sensación de bordes irregulares— como si se la hubieran arrancado. El tiempo la había convertido en algo diferente. *It's just like ice around my heart,*[*] se dijo, como el verso de una canción que recordaba. Tampoco era exactamente así.

June dijo: Estoy allí cantando una canción folk y dándole la mano a las dos ancianas que tengo a mi lado y me pongo a pensar: ¿Cuándo me volví así? Pacifistas hippiosos y mirapájaros.

Seguro que también llevas zapatos cómodos.

Sí, unos cómodos de verdad, dijo June.

Justo en aquel momento se separaron los arbustos que había en la otra punta del canal lateral, la isla que quedaba entre ellos y el ramal principal del río, y en el crepúsculo apareció una muchacha alta de pelo oscuro y aspecto serio, tocada con una gorra de béisbol y con una caña de pescar en la mano. Era la hija de RL, Layla, que tenía diecinueve años. Llevaba pantalón corto y sandalias, y sus largas piernas bronceadas vadearon el río con el agua arremolinándose hasta el borde de su pantalón corto. Avanzó por el agua casi en silencio, una costumbre de pescador. *Las truchas son unos peces muy*

* Es como tener el corazón rodeado de hielo.



*nerviosos*, recordó; lo había leído en un libro. Llevaba una camiseta de los Montana Grizzlies y una especie de collar del que colgaban sus fórceps, sus tenazas y un frasco de flotabilizador para moscas Gink.

¿Te ha ido bien?, le gritó RL.

Layla recorrió el resto del camino antes de contestar. Tenía poder sobre los peces porque los respetaba; nunca cruzaba su terreno ni gritaba en las noches silenciosas. Sabía dónde mirar para divisar sus sutiles movimientos.

Casi todo morralla y lavareto, dijo Layla. Hace un rato que han dejado de moverse. He sacado uno de cuarenta centímetros de esa grieta de la ribera, pero eso fue nada más llegar. ¿Estás borracho?

Todavía no, dijo RL. Aunque quizá.

Voy a tu casa, dijo Layla.

Espera, quédate un momento con nosotros, dijo June. No te veo desde Navidad. ¿Cómo te va por la facultad?

Bueno, imagínatelo, dijo Layla. Ya sabes como es la universidad.

¿El año que viene te vas a quedar en el colegio mayor?

Layla aceptó su destino, apoyó cuidadosamente la caña de pescar contra un árbol y se sentó un rato con ellos, las piernas cruzadas sobre el suelo, como a punto de echar a volar.

Un par de amigas y yo hemos encontrado un piso en Ballard, dijo Layla. Es como una casita. También tengo una moto pequeña para ir y volver de la facultad, es *très*, *très* cojonudo hasta que llueve.

En Seattle no llueve mucho, ¿verdad?

No me molesta tanto como pensaba. En serio, no es peor que el febrero de por aquí. Al menos de vez en cuando sale el sol. Y no hay esa niebla helada.

No me lo recuerdes, dijo RL. Por mí que no vuelva el invierno.

¿Y cómo va tu vida amorosa?, dijo June.

No lo sé, dijo Layla. ¿Cómo va la tuya?

Las palabras le salieron de la boca tan amargas y malintencionadas que todos se callaron. June había tocado un tema delicado, pero RL no sabía cuál era. No era la clase de secreto que Layla compartiría con él. Eso le confundía, le entristecía que las mujeres se cerraran tanto en su presencia. Layla era su hija, su amor, y, sin embargo, un misterio.

Layla se puso en pie de un salto en un movimiento delicioso.

Tengo mucha sed, dijo. Os veré en casa.

Recogió la caña de pescar y se marchó enseguida, y su estela dejó un rastro de iones negativos. Lo ha soltado sin querer, pensó RL, pero como ya se había dicho no había manera de no decirlo, y después ninguno de ellos supo qué hacer.

Cuando Layla hubo desaparecido, June dijo: Lo siento. No quería ponerla en evidencia.

No ha sido culpa tuya, dijo RL. Lleva así de imposible todo el verano.

Algo le pasa.

Eso mismo pienso yo, dijo RL.

¿Ha visto a su madre desde que ha vuelto?

No, que yo sepa. A lo mejor tampoco me lo diría. Últimamente Dawn y yo no pasamos una buena racha.

¿Habla con alguien?

RL sintió nacerle en el pecho un malestar conocido, casi una irritación. Sabía perfectamente que no era gran cosa como padre para Layla, y tampoco como padre y madre a la vez. La gente se lo había hecho saber desde que la chica estaba en séptimo de primaria y su madre se había fugado con un bombero de la brigada rural llamado Parker. Aunque esto no estaba del todo claro. RL se había quedado con Layla, había ido a los conciertos de su coral y a las conferencias de la asociación de padres, le había enseñado a ser una persona lo mejor que había podido. Y, sin embargo, todas las mujeres del mundo le habían hecho saber que nunca daría la talla. RL lo aceptaba, pero no deseaba que le recordaran sus fracasos. No se le olvidaban.



June no quiso insistir. El puro de RL se había apagado y volvió a encenderlo en medio de una espesa nube de humo, cogió la botella cuadrada de Johnnie Walker y dio un sorbo. En una ocasión habían hecho el ritual todos juntos: él y Dawn, Taylor y June. Antes de que Layla naciera. De nuevo sintió aquella tersa tristeza en el pecho, por el difunto Taylor, por Layla, por la solitaria June y las esperanzas que habían albergado todos juntos a la orilla del río. Iban a ser felices, iban a tener aventuras y vivir mucho tiempo y tener historias que contar. Por el contrario, él estaba viviendo la misma historia una y otra vez. Taylor ya no estaba, Dawn era tan infeliz que el peso del dolor la hacía bizquear. Solo Layla, la tímida estrella... RL la quería de verdad. Eso era un consuelo.

También era un consuelo el resplandor azul del cielo veraniego, la luz que por fin comenzaba a extinguirse, el fondo rojo del puro cuando daba una calada —como un abejorro encarnado— y la luna que intentaba asomar entre los árboles, y los dos, él y June, a rayas y desplazándose con la sombra de la luna. La verdad es que no había ningún otro lugar en el que quisiera estar.

¿Te acuerdas de la vez que cogimos el coche en Great Falls para ir al Glaciar?, dijo RL. ¿Fuiste tú la que pidió prestado el descapotable?

Déjalo, dijo June.

¿Que deje el qué?

Voy a dejar de hacer esto, dijo ella.

RL lo oyó pero no quiso oírlo. Todo aquel tiempo había estado pensando una cosa y ella otra completamente distinta. RL parpadeó para apartar el humo de los ojos y dijo: ¿A qué te refieres?

Es la última vez que hago esto, dijo June. El año que viene ya no volveré. Taylor era un hombre estupendo, pero está muerto.

Eso ya lo sé, dijo RL. ¿Te crees que no lo sé?

Bueno, pues yo no. No hasta hace un rato. Como has dicho antes, Robert, doblaba una esquina y esperaba encontrármelo, ¿sabes? Me iba a la cama y casi esperaba encontrármelo allí echado. Me despertaba en plena noche, acariciaba el almohadón y soñaba que era él. Pero eso se ha acabado.

No podía leer su expresión porque cada vez estaba más oscuro, pero vio cómo acercó la mano a la garganta, un gesto que hacía cuando estaba triste o atribulada. RL dijo: No puedes acabar con esto así como así.

Puedo, dijo ella. Y lo hago.

Como si cerraras un grifo.

No, dijo ella. No se parece en nada. Es más bien como el agua sobre una piedra. Tarda, pero... Te despiertas una mañana y ya no está. No es que vaya a dejar de acordarme de él. No voy a dejar de amarlo.

No.

Pero voy a dejar de comportarme como si todavía estuviera aquí. Como si fuera a entrar por la puerta y no hubiera pasado nada.



Nunca ha sido así, dijo RL. Sentía que algo se escurría entre ellos y no quería que pasara. Dijo: Tienes tu trabajo, tus amigos.

Vaya mierda, dijo ella. Llevo una semana ensayando mentalmente todo esto, y sé que va a salir bien. En fin. Eres un buen hombre, has sido un buen amigo para mí y te he necesitado, ya lo sabes. Siempre has estado ahí cuando te he necesitado. Pero, joder, Robert, tienes a Layla y a Dawn y a como se llame; tienes tu negocio; tienes a tus amigos y tus viajes a Nueva Orleans y allí donde vayas... eres un hombre ocupado. Yo duermo sola, Robert, casi cada noche. Es más de lo que quieres saber, ya lo sé, pero me da igual. Me voy a morir y lo sé, y a lo mejor no falta mucho, y voy a morir sola porque todo el mundo muere solo. Pero no quiero vivir sola.

Lo siento, dijo RL.

¡No, no es eso! ¡No tienes nada que sentir, eres un buen hombre, Robert! Sé que no debería decirlo así. Estoy confusa.

Quedaron en silencio, mientras el agua acariciaba los guijarros y una brisa agitaba las hojas de los álamos.

Un cigarrillo, dijo ella.

RL encendió uno con el ascua de su puro y se lo entregó.

RL tuvo la impresión de que aquello no estaba ocurriendo, de que era un momento irreal. La cólera surgió en su interior, pero no sabía por qué ni contra quién. No contra June. Quizá contra sí mismo, que, de algún modo, había vuelto a fracasar. No entendía cómo. Nunca había pretendido ser suficiente para ella, pero ahora se daba

cuenta de que no lo era. Había hecho todo lo que había podido, pero no había bastado.

Whisky, dijo RL, y ella le pasó la botella.

Hay gente que muere de no poder ver el cielo nocturno, dijo June, ¿no te parece?

Nadie se muere de eso.

Se mueren por dentro, y ni siquiera lo saben.

Pero no se mueren de eso, simplemente se vuelven insensibles.

Yo no, dijo ella. Cogió la botella de la mano de RL, a continuación se puso en pie y se adentró en el agua. RL puso una mueca al ver cómo el agua fría le lamía los muslos desnudos, y sintió una pequeña desazón testicular de solidaridad. No sabía qué estaba haciendo June. Se estaba poniendo dramática, y no era una mujer dramática.

Ahí te quedas, dijo June. Oficialmente, lo dejo. Todo. Ya he dejado de ser la viuda de nadie.

Destapó la botella y vertió el whisky que quedaba en el río, donde desapareció, fácilmente media botella. La sostuvo por encima del nivel del agua hasta que cayó la última gota. RL se sintió como si lo abandonaran a él. June le estaba diciendo adiós. No sabía si tenía razón o no, pero el corazón le formó una bola en el pecho y quiso detenerla. *No te vayas*, quiso decir. *Quédate aquí conmigo. Todo irá bien.*

Pero no dijo nada. Cuando cayó la última gota de whisky, June volvió a poner el tapón y por un momento quiso arrojar la botella, RL se dio cuenta. Al final no lo hizo. En el fondo no era una persona dramática y no quería que hubiera cristales rotos en la orilla del río solo para remachar el clavo. Alguien podría hacerse daño.



Siguió sujetando la botella y salió del agua goteando y besó a RL, cosa que a este le sorprendió. Era algo que no solía hacer. RL se sometió a su abrazo y la sintió temblar en el aire de la noche.

Todo irá bien, dijo ella en voz baja, como si él fuera un bebé, como si fuera RL el que necesitara consuelo. Todo irá bien, dijo June.

Pero en su fuero interno, RL no estaba tan seguro.